

point y de San Juan del Sur deben hallarse pasado mañana en Panamá, según órdenes transmitidas anteriormente. Todo bien. Adams, Secretario de Marina a bordo del *Nicaragua*».

Cuando el ingeniero pronunció la última palabra, en medio del silencio general, una lágrima brillaba en los ojos del americano, en la cual se condensaban la rabia de su impotencia, el despecho de su frustrada tentativa y el dolor de asistir a la ruina de su patria sin poder hacer nada por ella.

Levantóse el ingeniero y dirigiéndose al filipino le dijo con voz áspera que hizo temblar al culpado:

—Permanezca usted en su puerto hasta las seis y a esa hora se presentará en el cuartel para recibir el castigo, dejando a José encargado de la oficina.

—Vamos, señores,—añadió—hablando con sus acompañantes.

Un rato después, instalados todos en el automóvil, se dirigían a la madriguera de los conspiradores.

Cuando el carro se detuvo al pie del cerro, el militar salvadoreño cubrió la cabeza del prisionero con la capucha de su impermeable a fin de que no pudiese ver los movimientos del ingeniero. El cual, acercándose a un tronco de cemento, idéntico al de la plazoleta del inalámbrico, apretó un botón. El suelo pareció hundirse como en un terremoto: unos rieles subterráneos vinieron a empalmar con los de

la superficie, y el automóvil, en el cual había ocupado nuevamente su sitio el joven rubio, descendió por una cripta brillantemente iluminada por fanales eléctricos e hizo alto al pie de un ascensor. Al llegar arriba, quitó Delgado la venda al prisionero y este no pudo reprimir un grito de asombro.

Se hallaba en el cuarto en donde el costarricense los había obsequiado la vispera regimiento, y allí en sendos sillones de junco estaban graves y silenciosos el conde Stein, el capitán Amaru y el doctor Valle, enfrente de los cuales, como reos en el banquillo, Mr. Adams y su hija permanecían pálidos e inmóviles. Al divisar entre los recién llegados al teniente, Fanny y su padre lanzaron una exclamación de alegría.

Roberto hizo sentar al prisionero, que aún permanecía atado codo con codo, al lado de sus compatriotas; y ocupando una poltrona cerca de sus amigos, despidió con un gesto a los tres soldados y ofreció una silla al militar salvadoreño.

Por espacio de un minuto reinó en la estancia un penoso silencio que el ingeniero rompió de pronto, diciendo al japonés:

— Capitán Amaru ¿está Ud. listo para partir dentro de media hora?

— Todo está a bordo—contestó el interpelado.

— Parta usted, pues y llévase a este caballero (señalando a Jack). El mejor castigo de su deslealtad es llevarlo a presenciar la invasión de su patria. Nosotros, después de obstruir el canal, iremos

también a ver el grandioso espectáculo. Dentro de treinta y seis horas estará Ud. en Tokio. Cuénteles al Emperador el motivo que nos obliga a precipitar el desenlace. Los dos mil transportes están listos hace quince días y diseminadas en todos los puertos del Japón, pero prontos a acudir al primer aviso. Dentro de una semana un millón de soldados escogidos serán dueños de toda la costa del Pacífico y el innumerable ejército de la Unión habrá desaparecido a menos que se rinda incondicionalmente. Adiós, Amaru, y hasta pronto. Un abrazo a los hermanos de allá y vigile usted estrechamente a su prisionero, pues no deja de ser peligroso.»

Levantóse de su silla y estrechó cordialmente la diestra del capitán, ejemplo que imitaron sus tres camaradas. Amaru hizo seña a Jack para que le siguiese: pero el Secretario se interpuso, diciendo a Roberto:

—No, los tres debemos como compatriotas correr una misma suerte. Si Mr. Cornfield va para el Japón, nosotros le acompañaremos.

—Lo siento mucho—replicó el costarricense; pero deseo que ustedes dos presencien una operación interesante y hagan en mi compañía un curioso viaje, a fin de que los norteamericanos conozcan a ojos vistas todos los pormenores de esta obra libertadora ejecutada por un puñado de individuos oscuros. No teman ustedes nada: el señor teniente irá bien tratado, sin correr peligro alguno, y antes de una semana podrán ustedes verle de nuevo y cambiar impresiones.

A una seña de Roberto, el militar salvadoreño soltó la cuerda que ataba los brazos de Jack, y éste, después de abrazar a Mr. Adams y a Fanny, que lloraba a lágrima viva, siguió con aire resignado al nipón.

Cuando los dos desaparecieron, el rubio ingeniero, golpeándose las polainas con su inseparable latiguillo, murmuró como hablando consigo mismo:

— Unos pocos días antes o después, no importa. El desenlace tenía que llegar necesaria y fatalmente, porque las leyes de la justicia se cumplen tarde o temprano con la misma precisión que las del mundo físico. »

Como despertando de un sueño, prosiguió volviendo los ojos al Secretario y a su hija, quienes le contemplaban recelosamente.

—Mañana nos embarcaremos en mi nautilo *Cañas* e iremos a Panamá a encontrar la escuadra que allí estará reunida por orden de usted, Mr. Adams.

Advirtiendo la expresión de asombro del Ministro, añadió:

—Un ligero abuso de confianza, Mr. Adams; como su futuro yerno utilizó el nombre de usted para transmitir un despacho, yo no tuve reparo en hacer lo mismo y en consecuencia di orden a los cruceros estacionados en Puntarenas y San Juan del Sur para marchar inmediatamente a Panamá. ¿No sospecha usted para qué? Para aplicarles sus respectivas ventosas de *japonita* y hundirlos en medio del canal, de suerte que impidan el paso a la formidable flo-

ta del Atlántico cuando intente venir a obstaculizar la invasión japonesa. ¿Por qué abrieron ustedes el canal, pisoteando los derechos de la república de Colombia?—añadió con vehemencia. No fué para facilitar las comunicaciones mundiales, sino para favorecer exclusivamente los intereses del Aguila del Norte. Si al través de esa vía pudiesen abrazarse todos los pueblos, yo no la obstruiría; y si no la arruino del todo, aunque puedo hacerlo, es porque confío en que dentro de poco estará abierta al libre tráfico de todas las naciones. Usted se muestra incrédulo y piensa que los cincuenta mil yanquis que con doscientos cañones de noventa millas de alcance custodian el canal son suficientes para defenderle contra todas las escuadras de la tierra. ¡Error! No pasarán cuatro días sin que usted, señor Secretario, se convenza de que el ingenio latino no es inferior al sajón y que este ignorado\_ ciudadano de la más pequeña y desgraciada república latino-americana tiene motivos suficientes para enorgullecerse pensando que él sólo, sin más auxiliares que su escasa ciencia y sin más arma que la justicia, va a destruir el imperio más poderoso de los tiempos modernos.

—Quedan ustedes en libertad para salir de la caverna, cuando les plazca, dijo poniéndose de pie e inclinándose respetuosamente. Pueden ustedes pasear por la isla de día o de noche hasta mañana por la tarde, antes de partir; les recomiendo, sí, que no se acerquen a la línea férrea ni a la estación

inalámbrica, porque lamentaría que les ocurriera alguna desgracia.»

Un criado condujo a los cautivos a su habitación del piso superior de la caverna, en donde Fanny preparó en un momento el frugal desayuno en la cocinilla de alcohol. Padre e hija estaban silenciosos y hondos suspiros salían de su pecho.

Probaron apenas los huevos con jamón y el aromático café, y aprovechándose del permiso salieron de la caverna y permanecieron extasiados largo rato en la entrada, contemplando la pintoresca isla bañada por el sol de la mañana y la sábana azul del océano, sobre la cual revoloteaban como copos de nieve millares de aves marinas.

Fanny admiró por breves instantes el grandioso cuadro con ojos distraídos y volviendolos luego a su padre prorrumpió en sollozos.

Mr. Adams acarició afectuosamente la cabeza de su hija, diciéndole:

—No te aflijas. Sé fuerte. Estamos en poder de enemigos superiores y no hay más remedio que resignarse. No se puede luchar contra lo inevitable. Por lo pronto, podemos contar con que nuestros captores son generosos y aunque extraviados por singulares ideas libertarias, no atentarán contra nuestras vidas ni contra la de Jack. Demos tiempo al tiempo. Los antiguos representaban la fortuna con una rueda, y no es posible encontrar símbolo más apropiado para expresar lo mudable de la suerte. Hoy nos encontramos abajo; mañana estare-

mos en el pináculo, y necio será quien piense que su dicha ha de durar eternamente o que su desgracia es irremediable.

Las filosóficas consideraciones de su padre calmaron como por encanto el pesar de la joven, y del brazo del Secretario recorrió durante una hora los pintorescos bosques de la parte meridional de la isla. De improviso escucharon ambos algo inusitado, una música lejana que parecía producida por un fonógrafo y cuyos acordes eran familiares al Secretario.

—¡El himno japonés! exclamó. ¡Ah! es el capitán Amaru que parte para su patria, llevándose a Jack.

Fanny miró ansiosamente al mar. ¡Nada! Ni una arruga ni una estela.

Bajo las olas, con vertiginosa rapidez, se deslizaba sin duda aquel terrible submarino que iba a consumir la ruina de la Gran República, llevando a bordo a uno de sus ciudadanos, al más querido para Fanny, destinado a presenciar la tremenda catástrofe.

—¿Verdad que nuestros nautilos son del todo invisibles?—dijo de pronto una voz al lado de los prisioneros.

Volviéronse sorprendidos y vieron al rubio ingeniero que los contemplaba con su odiosa sonrisa. —El submarino *Blanco* navega casi a flor de agua, con una velocidad de doscientos kilómetros por hora, superior en mucho a las de los más recientes aeroplanos—con excepción del mío—agregó acentuando

aún más la ironía de su sonrisa. No tiene periscopio, y sin embargo, en este momento sus oficiales estarán en el salón examinando la costa de la isla en la cámara oscura. Mañana por la noche, cuando llegue al Japón, nosotros estaremos lejos de la isla; pero recibiremos en Panamá el anuncio de su arribo.

—¡En Panamá!—repuso con asombro Mr. Adams.

—Sí, señor. Esta noche zarparemos para ir al encuentro de los escuadrones que en nombre de usted cité para aquel puerto y que utilizaremos para obstruir el canal.

El Secretario de Marina se mordió los labios y se puso intensamente pálido.

—¿Y si nos negáramos a embarcarnos? replicó después de breve silencio:

—Dejarían ustedes de admirar las maravillas de la industria moderna y se fastidiarían mortalmente en la soledad de su prisión durante algunas semanas. En cambio, si ustedes no se niegan a acompañarnos, dentro de ocho días se hallarán en completa libertad.

—¿Da usted su palabra de que así será?

—Nunca aseguro cosa que no puedo cumplir. Dentro de pocos días el mundo social girará sobre un nuevo eje, y realizada nuestra misión no hay objeto en mantener a ustedes detenidos. Los desembarcaremos en el puerto que ustedes elijan—en la costa del Pacífico, se entiende—porque por el momento no sería fácil dar la vuelta por el cabo de Hornos. A propósito ¿la nueva ruta por el río San



Juan, comenzada hace dos años, se concluirá dentro de poco?

Miró Mr. Adams con desconfianza al ingeniero y dijo entre dientes:

—Usted sabe que la canalización del río es cosa seria y que nuestras gigantescas dragas no podrán efectuarla antes de treinta meses.

—Por fortuna; aunque si hubiese estado abierto ya ese canal al tráfico, no nos habría sido difícil obstruirlo también.

Encontrábanse en ese instante en la cumbre de un cerro en la cual una mancha de copudos árboles daba una sombra deliciosa. Como de común acuerdo se sentaron todos a su sombra y después de una pausa en que los tres paseantes aspiraron con deleite las brisas salinas, comenzó Roberto a hablar con cierta solemnidad que impresionó profundamente a sus interlocutores.

—Estamos en vísperas,—dijo, de los mayores acontecimientos que ha presenciado la humanidad. Los cinco piratas de la isla del Coco van a aniquilar el poderío de todas las grandes potencias y dejar a los pueblos, grandes y pequeños, en absoluta libertad para disponer de sus destinos. Si nos equivocamos, el porvenir lo dirá; por ahora no hacemos más que seguir las aspiración universal y estamos seguros de contar con la aprobación de todas las naciones civilizadas.

—Usted—replicó el Secretario, examinando distraídamente una ramilla que arrancó del árbol bajo

el cual descansaba—es demasiado joven y ha nutrido su espíritu con las ideas del romanticismo francés, muy nobles y poéticas sin duda, pero imposibles en la práctica. Yo, que puedo ser su padre y que he tomado parte en infinidad de negocios internacionales, animado como usted de un espíritu de compasión y amor a nuestros prójimos, he llegado al triste convencimiento de que la humanidad es un vasto hospicio de niños desamparados a quienes hay que educar y dirigir hasta que puedan manejarse por sí mismos. Usted notó sarcásticamente que mis ideas en este punto coincidían con las del conde von Stein; pero entre las suyas y las mías hay notable diversidad de miras. Convengo con ese caballero alemán en que la humanidad procede de modo ilógico y estúpido al propagarse sin limitación alguna, como si la tierra fuese un almacén inagotable y no una isla de limitados recursos. Convengo con él y con Malthus en que es menester reducir la población del globo para evitar la miseria y la guerra; pero lo que no puedo admitir es que la felicidad de la especie humana estribe en la sujeción a la voluntad de un Kaiser que todo lo reglamenta, todo lo vigila y está pronto a reprimir con su invencible ejército cualquier manifestación subversiva. El ideal sajón es muy diferente: por ejemplo, Inglaterra deja a sus colonias gobernarse con entera autonomía e invertir sus rentas en provecho de ellas, no de la metrópoli; en cambio, esas colonias, verdaderas repúblicas autónomas, se sienten protegidas

por escuadras y ejércitos respetables, listos a acudir inmediatamente a defenderlas. De este modo las agrupaciones débiles no están expuestas a ser atropelladas o devoradas por otras ambiciosas más fuertes:

—Es mucha verdad—respondió Roberto:—pero si es tan plausible la obra de la Gran Bretaña ¿por qué oponen ustedes a ella la doctrina de Monroe? En mis conversaciones con otros costarricenses y y ciudadanos de las demás repúblicas del istmo he oído a menudo esta opinión que me ha hecho meditar: «Si somos incapaces para gobernarnos por nosotros mismos, preferimos someternos al Imperio Británico, quien a lo menos no desprecia las diversas razas sujetas a su vasto dominio, ya sean negros, amarillos o filipinos, que a una República que considera degenerados a quienes no tuvieron el honor de nacer bajo las alas del Aguila.

Si mañana las repúblicas latino-americanas decidieran ponerse bajo la protección de la Gran Bretaña para disfrutar de la autonomía de que gozan Jamaica, Trinidad o Australia y que usted tanto pondera, ¿lo consentirían ustedes, Mr. Adams?

El Secretario entornó los ojos, mientras, una oleada de sangre enrojecía sus mejillas. Cuando se repuso replicó con calma:

—Inglaterra, país fabril, necesita mercados para sus productos y en sus numerosas colonias introduce sus artículos y realiza pingües ganancias. Si la dejásemos adueñarse de los mercados de América,

nuestras industrias, que alimentan a millones de obreros, perecerían infaliblemente y una espantosa catástrofe sobrevendría en nuestra patria.

—Si estuviese aquí von Stein—repuso Roberto con incisiva sonrisa—propondría idénticos argumentos en favor de su patria, arruinada por el triunfo de los aliados, en el cual tomaron ustedes a última hora la parte más importante. En resumen, usted Mr. Adams, acaba de confesar que las grandes naciones no se preocupan de la libertad ni de los intereses de las débiles y que todo su afán se cifra en convertirlas en consumidoras de sus productos. Siendo esto así ¿qué más nos da a los hispano-americanos ser colonias inglesas, germánicas, norteamericanas o japonesas? ¿No se nos deja siquiera la libertad de elección? Y si quisiéramos pertenecer a España, a Francia o a Italia, lo que parece más natural por las afinidades de raza ¿lo permitiríais vosotros?

Abrumado bajo el peso de los cargos, Mr. Adams inclinó la frente y se puso a describir círculos en la arena con la rama que había arrancado del árbol. Fanny contemplaba al ingeniero, cuya figura se engrandecía a sus ojos y tomaba proporciones colosales.

En tropel acudieron a su memoria los recuerdos de aquellas fiestas de Washington en las cuales, cinco años antes, conoció al ingeniero costarricense, a quien creyó inglés, y con el cual sostuvo por espacio de dos meses un *flirteo* que terminó cuando

supo ella la verdadera nacionalidad del pretendiente. Al enterarse de que pertenecía a uno de los pueblos inferiores que el Gobierno de Wáshington había condenado a desaparecer, sintió la misma vergüenza de una aristócrata que repentinamente descubriese en su cortejante a un antiguo criado de su casa. Ahora la americana reconocía su error. Aquel mozo rubio, de cabellos ensortijados, con su genio y sus conocimientos, era sin disputa el árbitro del mundo.

De sobra había demostrado que sus amenazas no eran vana jactancia; lo que ella y sus dos compatriotas habían presenciado era más que suficiente para demostrarles que el genio latino—instigado por el amor patrio—es capaz de las más increíbles hazañas. Las mujeres de su raza se apasionan fácilmente de los hombres superiores, y el despreciado pretendiente de la vispera puede convertirse al siguiente día en preferido si ha logrado conquistar el campeonato en el juego de *foot-ball*, en una regata o en cualesquiera otros deportes.

No dejó Roberto de notar el efecto que su actitud había producido en la hermosa Fanny. Cuando el calor del sol anunció la hora de la comida, regresaron los tres a las cavernas. Adelante marchaba el Secretario Adams, pensativo, rayando la arena con la ramilla que conservaba en la mano. Detrás Roberto, golpeándose las polainas con su inseparable latiguillo, miraba de reojo a la joven, que caminaba lentamente a su lado.

—Fanny—dijo de improviso Roberto, clavando

en el sonrosado rostro de su compañera sus penetrantes ojos azules. Conocí muchas y muy bellas mujeres en Londres, en París y en otras capitales durante mis viajes; pero ninguna consiguió producirme tan honda impresión como una que conocí en Washington hace cinco años, la cual aceptó al principio mis obsequios y luego me desdeñó por juzgarme indigno de ella.

¿No es verdad?

—No me culpe usted, Roberto, replicó ella con las mejillas enrojecidas; la prensa diaria, los amigos de mi padre y los míos hablaban con tanta insistencia de la salvajez y degeneración de las repúblicas centroamericanas, que me figuré que eran inferiores a los Pieles Rojas o a las tribus del África Central. Con tal prejuicio rechacé las proposiciones de usted de hablar a mi padre y pedirle mi mano. Ahora comprendo mi error, aunque tarde, porque tengo otro prometido, y acaso usted tendrá en su país una novia digna de labrar su felicidad.

—Yo no tengo más novia que mi patria, respondió Roberto, meneando melancólicamente la cabeza: cuando consiga verla libre de opresiones extranjeras, probablemente me saltaré la tapa de los sesos.

Era tal la expresión de tristeza del ingeniero, que Fanny, sin poder ocultar su simpatía, dijo:

—Pero usted es joven, instruido y tiene delante de sí brillante porvenir. ¿Por qué no formar un hogar dichoso y pasar de la mejor manera posible el

destierro a que nuestras almas están condenadas en este valle de miserias?

—¿Por qué?—replicó Roberto con calor;—porque la única mujer que creí digna de mi adoración me rechazó inicuaamente; porque desde entonces comprendí que hay razas que no pueden amalgamarse y que están llamadas a muy diversos destinos; porque desde aquel día juré probar a la ingrata que no sólo entre sus compatriotas hay quienes puedan llevar a cabo magnas empresas.

Fanny palideció y sus ojos se humedecieron.

—Así, pues—agregó cuando logró dominar su emoción—usted está arruinando a mi país por culpa mía.

—No, repuso con firmeza Roberto. Mi amor propio es asunto secundario; es verdad que me halagaba la idea de demostrar a usted y a sus paisanos que los latinos no somos inferiores a ellos en cuanto a recursos intelectuales; pero esté usted segura de que lo que inspiró mi resolución fué el ardiente amor de mi tierra, ultrajada, pisoteada y absorbida en nombre de la fuerza por una potencia que comete en el Nuevo Mundo los mismos atropellos que reprueba en el viejo.

Yo la amé a usted hace cinco años, y aún creo que ese fuego no se ha apagado; pero si usted hubiese consentido entonces en ser mi esposa y hoy me pidiera que desistiese de mi propósito, no conseguiría nada.

Observando la aflicción de Fanny, cuyas lágrimas

mas caían una tras otras sobre la arena del sendero, prosiguió, suavizando su enérgico tono y acercándose a ella:

—¿Pero no ve usted, Fanny, que la obra de mis compañeros y mía no va contra el pueblo de Estados Unidos, sino en favor suyo? El *knut* de los antiguos tsares de Rusia, las bayonetas de Guillermo y los millones de Wall Street son armas idéntica esgrimidas contra el pueblo en beneficio de castas privilegiadas. Nosotros queremos acabar con todo eso: que no haya opresores ni oprimidos, ni explotadores ni explotados, y que un modesto bienestar reine en todos los hogares de la tierra y haga sentir a sus habitantes la alegría de vivir.

Habían llegado a la entrada de la caverna en donde los aguardaba el Secretario Adams, sentado en un saliente de la roca, mirándolos con extrañeza.

Una vez reunidos dijo Roberto:

—Esta noche a las siete es nuestra partida.

Les ruego para esa hora tengan listos sus equipajes.

—Mr. Mora,—replicó el americano—mi hija y yo preferimos quedarnos aquí en calidad de prisioneros, en vez de obligarnos a presenciar la consumación de un crimen.

—No es posible, Mr. Adams: esta noche la isla quedará desierta por espacio de algunos días, meses, quizá, y dejar a ustedes aquí equivaldría a condenarlos a una muerte inevitable. Si usted no quiere presenciar nuestras maniebras, permanezca en el



camarote que le designaremos. Cuando cumpla mi misión, yo mismo conduciré a ustedes a San Francisco y los dejaré sanos y salvos en su tierra. Hasta la noche están ustedes libres y no se cerrará la verja de la gruta. Si algo necesitan, en el fondo de la alacena de su cuarto hay un botón de hierro. Basta oprimirlo para que acuda un sirviente.

Saludó luego inclinándose con gentileza, y en lugar de penetrar en la caverna descendió de nuevo por el empinado sendero con dirección a la línea férrea.

Por algunos segundos contempló Fanny la arrogante figura del ingeniero cuya ensortijada cabellera brillaba al sol como virutas de oro recién fundido, y un hondo suspiro dilató el robusto pecho de la joven cuando desapareció Roberto en un recodo del atajo.



## VII

### A BORDO DEL "CAÑAS"

Al entrar en su cuarto Mr. Adams y su hija vieron sorprendidos una mesita japonesa cargada de exquisitos manjares humeantes, dos botellas de excelente vino, y una cocinilla de plata con una tetera.

Aunque embargados por la pena de ser testigos a pesar suyo de la ruina del poderío de su patria, no pudieron menos de agradecer en su interior las delicadas atenciones de su caballeresco enemigo. Comieron con poco apetito y al terminar, cuando Mr. Adams encendió su cigarro, le dijo Fanny, dándole palmaditas en la mano:

—¿Qué piensas de todo esto, papá?

—No quisiera pensar nada—respondió él con amargura.—Estamos perdidos. Estos demonios cuentan con medios bastantes para arruinarnos.

¡Ah! si yo supiera como Jack manejar el telégrafo inalámbrico, a estas horas los doscientos aviones que tenemos en el Canal estarían aterrizando

en esta isla y sus mil tripulantes bastarían para destruir a los bandidos.

Vergüenza me da que yo, el Secretario de Marina de los Estados Unidos, que tengo bajo mis órdenes la flota más gigantesca creada hasta ahora, sea incapaz de transmitir un despacho y me encuentre prisionero como un infeliz grumete. Esta idea me tortura desde anoche, Fanny: yo no podré sobrevivir a mi deshonor, y si no fuera por ti.....

—No digas disparates, papá—le interrumpió ella, acariciando sus mejillas. ¿Cómo luchar contra la fatalidad? ¿No me aconsejabas resignación hace un rato? Tú has cumplido con tu deber y nadie podrá reprocharte negligencia ni debilidad alguna. Sea de ello lo que fuere, tú has hecho por la patria lo que debías; piensa ahora en tu hija.

El la besó conmovido. Pasaron la tarde leyendo, y antes de las siete oyeron las agudas notas de un clarín que parecían venir de las entrañas de la tierra; y apenas cerraron los libros, vieron en la puerta de la habitación a Roberto, con uniforme oscuro en cuyas mangas y cuello lucían las estrellas de general. Cubría su cabeza el tricornio de gala y ceñía al cinto un sable de marina con empuñadura de oro.

—Señores—dijo gravemente—es hora de embarcarnos y de decir adiós a esta isla.

Volveremos a ella cuando cualquier nación se niegue a desarmar sus escuadras o persista en los viejos ideales de dominación mundial. *Los Caballeros*

*de la Libertad* combaten sin tregua a los enemigos de los pueblos, sin distinción de razas ni naciones.

Un criado tomó las valijas de los prisioneros y los tres se dirigieron a la gruta número 2 de la derecha, en el fondo de la cual brillaba la entrada subterránea iluminada como para una fiesta.

Bajaron al segundo piso, que servía de alojamiento a los piratas, en el cual sólo había centinelas inmóviles en la puerta de cada habitación. Descendieron luego a la gran cripta subterránea, endonde reposaban los submarinos, y al poner el pie en la playa del canal los dos yanquis se detuvieron sorprendidos. En el agua oscura del lago subterráneo dos nautilus de más de cien metros sobresalían de la superficie como gigantescos cetáceos, mostrando en su costado derecho una puerta que descubría el interior regiamente alumbrado.

A lo largo de la playa se alineaban doscientos marinos en correcta formación, capitaneados por el conde Stein, Valle y Delgado, que presentaron las armas cuando Roberto les pasó revista a los acordes del himno de Costa Rica, ejecutado por la banda marcial que estaba a la cabeza de la fila.

Roberto se descubrió conmovido, y dirigiéndose a sus camaradas gritó con voz vibrante:

—Compañeros, ha llegado el momento de la acción. La egoísta República que en provecho de sus particulares intereses privó a España de sus colonias, se apoderó de las Filipinas, mutiló a Colombia y asesinó a millares de centroamericanos

para apropiarse de sus ricos territorios, va a saber dentro poco lo que puede la cólera de un puñado de hombres libres. Desprecia a estas minúsculas nacionalidades como si estuvieran formadas por parias, sin sospechar que el amor patrio no se mide por millones de hombres y que no es patrimonio exclusivo de las grandes potencias.

Por ignorar ese sentimiento se desmoronaron los imperios orientales; por despreciarlo se hundieron Macedonia y Roma, la Francia Napoleónica y Alemania. Por devolver a los pueblos el derecho de disponer de sus destinos y de emanciparse de la tutela de la fuerza representada por las bayonetas o el dinero, estamos luchando nosotros y nos hallamos en vísperas de coronar nuestros ideales. Si sucumbimos, lo que es poco probable, moriremos con la conciencia de habernos sacrificado como Cristo, por nuestros semejantes.

Un ¡hurra! formidable acogió las últimas palabras de Roberto.

Lo extraño del caso es que Mr. Adams y su linda heredera no entendieron una palabra del discurso del ingeniero.

El Secretario hablaba, además de su lengua nativa, el francés, el alemán y el castellano; sus oídos estaban habituados a las palabras de ocho o diez idiomas de los principales de la tierra; pero aquellos sonidos musicales y aquellas voces en las que el Ministro reconocía raíces latinas, griegas y sajonas, debían de pertenecer a algún dialecto sánscrito.

Sólo cuando el ingeniero dió la mano a Fanny para pasar a bordo del *Cañas*, obtuvo Mr. Adams la clave del misterio, pues el rubio costarricense, volviéndose sonriente a su joven compañera dijo:

—Imagino que ustedes no entendieron mi discurso. Como aquí tenemos alemanes, hispano-americanos, tagalos y japoneses y aun tres o cuatro yanquis, convinimos en adoptar oficialmente el idioma universal *Esperanto*, que hoy habla como el suyo propio, toda nuestra tripulación cosmopolita, estándole prohibido, bajo severas penas, emplear otro. Ustedes deben resignarse a conversar conmigo o con el amigo Delgado, pues Valle se embarcará en el *Mora* con Von Stein; y a menos que ustedes se decidan a aprender la lengua internacional del doctor Zamenhoff, no podrán hablar con ninguno de los empleados.»

Cuando penetraron en el salón del submarino se quedaron maravillados padre e hija. Imposible era hallar ni aún en los más suntuosos transatlánticos lujo parecido. Preciados muebles, alfombras persas, lunas de Venecia, columnas doradas, selecta biblioteca y cuantas comodidades pueda acumular en su yate un rumboso archimillonario.

A un costado del salón se abrían tres puertas esmaltadas de blanco, y el ingeniero dijo a sus huéspedes:

—Si ustedes prefieren estar juntos, en el primer camarote pueden instalarse a sus anchas; si la señorita prefiere estar sola, tiene a su disposición el segundo.»

Fanny y su padre optaron por no separarse y pasaron al punto a su cuarto para hacerlos arreglos nocturnos. Allí estaban sus valijas, un velador con una cocinilla eléctrica y diversas latas de conservas y biscochos.

El camarote tenía baño con agua caliente y fría, una nevera con champaña y vinos generosos, teléfono para llamar a los criados y cuanto puede encontrarse en los hoteles más espléndidos de París o de Nueva York.

El Secretario y Fanny resolvieron acostarse temprano; cuando se metían en la cama un reloj dió ocho campanadas y al punto resonó una música lejana, grave y solemne. Era el himno de El Salvador, familiar para Mr. Adams por haberlo escuchado varias veces en recepciones oficiales. Tras él se oyó el de Honduras y sucesivamente el del Japón y el de Alemania. Luego un rumor sordo y prolongado que anunciaba el embarque de la tripulación, y enseguida rechinamientos metálicos y una leve sacudida que anunciaba el principio del viaje submarino. Siguió un profundo silencio, aunque los estremecimientos del barco indicaban que corría bajo las aguas con vertiginosa rapidez. Lo que más sorprendía a Fanny era la impresión de frescura de una corriente de aire sin cesar renovada, como si se hallase en alta mar, sobre la cubierta de un vapor mercante.

Comunicó su observación a su padre, sin que éste pudiese explicarse el extraño fenómeno, y media hora después ambos dormían profundamente.

La estabilidad del barco era perfecta: ni la más leve sacudida delataba su carrera; y sin el zumbido de sus hélices, que sólo un oído experto habría podido percibir, diríase que la asombrosa nave descansaba aún en el seno de la cripta del Coco.

Daba el reloj seis sonoras campanadas cuando se despertaron casi a un tiempo los dos detenidos. Levantáronse y salieron al salón endonde un criado filipino se acercó a ellos respetuosamente y les dijo en mediano inglés:

—El desayuno está servido. Tengan la bondad de seguirme.

Los condujo al comedor, inmediato al salón, y separó un poco dos sillones arrimados a una mesa en la que vaheaban una cafetera y una tetera, y dos platos de huevos fritos con jamón. Magníficas frutas tropicales mostraban allí sus vivos colores en sendas bandejas. Ambos cautivos comieron con buen apetito, servidos por el obsequioso criado; y cuando terminaron, éste les dijo:

—Si quieren ustedes dar un paseo por el puente podrán gozar del aire puro de la mañana. Por aquí—añadió, encaminándose a una angosta escalera adosada a la pared del comedor.

Al emerger de la escotilla, el Secretario y Fanny quedaron extasiados. La cubierta del submarino, circunvalada por una barandilla de aluminio con placas de mica a modo de un biombo sin el cual habría sido imposible resistir el viento, mostraba en la popa una especie de Kiosko de acero con



paredes de tela transparente, a cuya sombra había cuatro mecedoras de junco. El sol reverberaba en el oriente con áureas llamaradas, y el mar reflejaba aquel incendio con tonalidades inverosímiles, con una orgía de matices que jamás se ven en las paletas de los pintores.

El nautilo se había detenido. A pocas millas se dibujaba la línea oscura de la costa. Mr. Adams se explicó ahora la frescura de la noche pasada a bordo: habían navegado en la superficie para dar al submarino el máximo de velocidad; lo que no se explicaba era aquella repentina parada, debida acaso a algún desperfecto de la maquinaria.

Un rato después surgió por la escotilla de proa el rubio ingeniero comandante de la nave.

Inmediatamente corrió al encuentro de sus huéspedes y los invitó a sentarse bajo la toldilla de popa.

—¿No sospecha usted, Mr. Adams, en dónde estamos?

—Creo que delante de Puntarenas—contestó el interpelado—examinando la lejana orilla.

—No, señor—repuso el joven sonriendo:—nos encontramos enfrente de Panamá y von Stein ha ido a cerciorarse de que efectivamente están allí los ocho barcos a los cuales citamos en nombre de usted y que han de servirnos para obstruir el canal. Dentro de poco veremos aparecer el *Mora* a nuestro lado y después.....

—¡Roberto, Roberto! gritó Fanny, sacudida por espasmos violentos, premonitores de un ataque

histórico. ¡Eso es infame! ¿Por qué condenar a muerte a miles de hombres inocentes cuyo único delito es servir fielmente a su país? ¡Esto es monstruoso, inconcebible!

—Usted sabe, Fanny, que para adueñarse de Centro América, los Estados Unidos—la patria de usted—no vacilaron en sacrificar millares de compatriotas míos que no hacían más que defender su derecho. ¡Esto también fue monstruoso, inconcebible! Pero usted no lo calificó así entonces, porque las víctimas pertenecían a una raza distinta de la suya.

¿Con qué derecho pide usted compasión para quienes no titubearon en matar a patriotas mal armados?

Los latinos no tenemos ese instinto de crueldad que caracteriza a otras razas; si después de las matanzas de Puntarenas, Amapala y Acajutla hubiésemos tenido a merced nuestra algunos miles de yanquis, les habríamos perdonado la vida.

Yo no necesito la de esos infelices marinos que van a cruzar el canal, sino la mole de sus navíos para obstruirlo. Si en mi mano estuviere, les avisaría para que abandonasen sus barcos sin pérdida de tiempo; pero eso es imposible. ¡Duras necesidades de la guerra!

Iba Fanny a replicar, enjugándose las lágrimas que a torrentes brotaban de sus ojos, cuando se escuchó una especie de hervor en las aguas vecinas y súbitamente surgió a estribar del *Cañas* un objeto gris y fusiforme sobre cuya cubierta aparecieron

como por encanto una barandilla de aluminio, una toldilla de popa y en la proa un estandarte rojo.

—¡Von Stein! gritó excitado Roberto, levantándose de su poltrona.

En la cubierta del recién llegado nautilo acababa de surgir, de gran uniforme, el conde alemán. Como los dos submarinos estaban apenas a pocos metros de distancia, los comandantes pudieron conversar perfectamente.

—¿Y bien? preguntó Roberto.

—Ahí están los ocho buques, sin sospechar nada, esperando al *Nicaragua*.

—Hay que telegrafiarles inmediatamente para que se pongan en marcha, von Stein. Pero ¿qué íbamos a hacer, comandante? ¿Nos hemos vuelto idiotas? ¿No íbamos a aplicar a los acorazados unas ventosas de *japonita* que los reduciría a polvo? ¡Imbéciles! Tome usted, comandante Stein, ocho torpedos de acción longitudinal que abran la quilla sin volar el barco. Así conseguiremos nuestro objeto y todos los tripulantes podrán desembarcar sanos y salvos en los bordes del canal. ¡Qué bruto fui!—añadió, golpeándose la frente.

Fanny, sin poder reprimir un movimiento de admiración y de gratitud, sacudió cordialmente la diestra del ingeniero, quien después de responder con un efusivo apretón de manos a la sincera manifestación de la señorita, oprimió un botón que estaba debajo de una silla y el punto se elevó sobre el puente un mástil inalámbrico desprovisto de antenas

y con un pequeño casquete metálico en el tope. Roberto aplicó los labios a un tubo de caucho que se hallaba al lado de su asiento, y cuando acabó de dictar su despacho, se volvió a sus compañeros y dijo gravemente:

—Dentro de doce horas el canal de Panamá habrá cesado de ser una amenaza para el continente hispano-americano. Bajemos ahora al salón, señores, porque dentro de veinte segundos estaremos a diez metros de profundidad.

Antes de descender por la escotilla, detrás de sus dos cautivos, apretó Roberto un botón disimulado en la escalera y al instante desaparecieron el mástil inalámbrico, la toldilla y los sillones.

Ya en el salón, condujo a sus prisioneros a un ángulo, en el cual había un curioso aparato a medio metro de altura sobre una placa deslustrada.

--Aquí podrán ustedes observar todas nuestras maniobras en sus ínfimos detalles; si ustedes no quieren asistir a ellas, están en libertad de utilizar las dos horas que siguen como mejor les plazca. El ingeniero desapareció enseguida por una escotilla que se abrió a su paso en el centro del salón, mientras el Secretario y la joven miraban ansiosamente la placa sin poder apartar de ella los ojos, como sugestionados por los terribles acontecimientos que ante ellos iban a desarrollarse.

Al principio nada vieron: en la superficie lechosa de la placa no apareció ni un punto oscuro. Inesperadamente se destacaron con toda precisión,

como en el vidrio de una cámara oscura, ocho manchas oblongas de diferente tamaño, que se movían casi en fila en una misma dirección.

— ¡Son nuestros acorazados y carboneros! Exclamó excitadísimo Mr. Adams.

— Vistos por debajo—dijo una voz a su lado.— Ambos se sobresaltaron y volviendo el rostro vieron al ingeniero costarricense, que contemplaba ansioso la placa. Ahora navegan hacia el canal. Nosotros los vamos siguiendo a cincuenta metros de profundidad... ¡Ah, ahí está! ¿Ven ustedes ese insecto negro que va a colocarse debajo del *Puerto Rico*, que navega a la cabeza de la línea?

«Pues es el submarino, *Mora* mandado por Von Stein, ansioso de vengar las derrotas que infligieron ustedes a los alemanes en el norte de Francia.»

Los objetos se precisaban con toda nitidez, pero reducidos considerablemente en sus proporciones como las imágenes de un Kodak o las que se perciben invirtiendo un anteojo de larga vista, esto es, mirando por el lado del objetivo.

Vieron entonces distintamente una especie de insecto negro que fué a colocarse debajo del *dread-naught*, manteniendo la misma velocidad. Brusca-mente se desprendió de la proa del nautilo un punto oscuro en el cual no era difícil reconocer un buzo vestido con una escafandra extraña, llevando en la mano algo como un saco cuyo cuello arrimó a la quilla del acorazado. Moderando luego la velocidad, fué a situarse debajo del segundo barco, y

con él y con los otros seis repitió idéntica operación.

Luego el insecto negro, virando en redondo, desapareció del campo de la visión, mientras las ocho manchas oblongas se ocultaban una tras otra en el borde oscuro de la placa.

Irguíéronse los tres y Mr. Adams dijo al ingeniero, dominando su estupefacción:

—¿Qué significa todo esto, Mr. Mora?

—Esto significa, Mr. Adams, la obstrucción del canal de Panamá y la disolución del imperio yanqui. Las ventosas, graduadas de acuerdo con la velocidad de cada buque, harán explosión a su debido tiempo sin volar los cascos: los abrirán apenas a lo largo de la quilla, y dentro de pocas horas ocho enormes masas de acero impedirán el paso a las escuadras norteamericanas que en el Atlántico tendrán noticias de la invasión japonesa, sin poder evitarla. Para completar la obra vamos a subir a la superficie. Desde la cubierta del *Cañas* verán ustedes volar el único avión que poseemos, el cual va a destruir la esclusa de Gatún con cincuenta libras de *japonita*.

—¿No sabe usted—replicó con despecho mal reprimido el Secretario—que hay más de doscientos aeroplanos del tipo más perfeccionado, al servicio de las defensas del Canal?

—Quiera Dios, Mr. Adams, que esas naves aéreas no se encuentren al paso de la nuestra.

Para evitar inútiles sacrificios de vidas humanas

y no dejar columbrar a vuestros ingenieros mi secreto, he dado orden al capitán del avión *Anita* para que vuele por encima del canal a pocos metros de altura. Su velocidad de doscientos cincuenta kilómetros por hora le pone a salvo de los ataques desde tierra; los aeroplanos serán incapaces para perseguirlo y sus bombas podrán dañar las obras de las orillas sin causar daño alguno al agresor.»

La cariñosa Fanny miró desconsolada a su padre, el cual había inclinado la cabeza. Tanto ella como el inteligente Secretario comprendieron por lo que hasta entonces habían presenciado, que no había la menor jactancia en lo que pronosticaba el ingeniero y que aquellos diabólicos piratas no amenazaban en vano.

Roberto se acercó a un tablero que había en la pared del salón y apretó un vidrio cuadrado.

El nautilo se estremeció, oyóse una especie de resoplido, y el costarricense, consultando su reloj, murmuró:

—¡Cinco segundos!

Y dirigiéndose a los dos detenidos les dijo:

—Si ustedes gustan iremos sobre cubierta a respirar aire fresco.

Subieron por la escotilla y salieron por el lado de popa, endonde estaban los cuatro sillones abrigados por la toldilla. En el centro del submarino un biombo o mampara metálica impedía ver la parte de proa. El océano, azul y tranquilo, parecía un

espejo, rizado de cuando en cuando por la brisa; hacia el oriente se esfumaba la playa distante, bordada de escollos contra los cuales se estrellaban las olas coronadas de blanca espuma.

Roberto se llevó a los labios un silbato, y antes de apagarse la aguda nota, se oyó un prolongado zumbido como el de un enjambre, y un objeto pisciforme se elevó de la proa del nautilo y desapareció.

Mr. Adams asestó a él sus gemelos, pero no tuvo tiempo de observar la curiosa máquina; sólo si se dió cuenta de que no estaba provista de las enormes alas de los aviones y de que a cierta altura era del todo invisible.

—Si a ustedes les parece, almorzaremos sobre cubierta, siguiendo el ejemplo de Von Stein—prosiguió Roberto,—señalando hacia el oeste.

A unos cincuenta metros de distancia flotaba el submarino *Mora*, y en la toldilla de popa el alemán en compañía de dos camaradas colorados y corpulentos, estaba sentado delante de una mesa sobre la cual se veían brillar varias botellas.

Como sus prisioneros no pusieron objeción, tocó Roberto un timbre y dió algunas órdenes en voz baja al criado que se presentó a su llamamiento.

Servidos con refinamiento exquisito y una abundancia de manjares que raras veces se encuentra a bordo, los tres hicieron honor a los diversos platos y probaron tres o cuatro vinos añejos que contribuyeron a disipar un tanto la tristeza de Fanny y de su padre.



—Mientras regresa nuestro aeroplano *Anita*—dijo Roberto al apurar la última copa de madeira, deseo exponer a ustedes otros puntos de vista del problema que estamos resolviendo, porque no quiero que personas ilustradas y de recto juicio como ustedes juzguen mi obra con el criterio apasionado y ciego del vulgo.»

«España no se cuidó poco ni mucho de ilustrar a los colonos que vinieron a poblar los ricos países del Nuevo Continente; no pensó más que en explotarlos para aumentar las rentas de la corona y en eso estuvo su capital error.

«Si a la relativa autonomía que Inglaterra concede a sus colonias hubiese España agregado mayor protección para sus súbditos, a estas horas todas las repúblicas de Hispano-América estarían al lado de la madre patria dispuestas a formar una liga fraternal para defenderla y defendernos contra la agresión de otras razas. Convertidas bruscamente en repúblicas, las antiguas colonias se encontraron desorientadas, sin la preparación conveniente para regirse por sí mismas. Siguiendo el criterio erróneo de la metrópoli, el mismo adoptado por Napoleón I, creyeron que su salvación estaba en fomentar la enseñanza superior y profesional, descuidando la primaria, que es la base de las democracias. Desenfrenados ambiciosos y aventureros desalmados se aprovecharon hábilmente de ese estado de cosas y del arma formidable de una masa analfabeta, fuerza inconsciente como la de los estúpidos bueyes, y

gracias a ella pudieron entronizarse por largo tiempo abominables dictaduras cuyos horrores hacen olvidar las crueldades de los Nerones y Caligulas. El reducido grupo de intelectuales, los menos por patriotismo, los más por el despecho de verse excluidos del banquete, conspiran continuamente manteniendo a estos países en perpetua agitación y desacreditándolos a los ojos de las naciones cultas. Y lo peor es que los agitadores, en vez de arreglar sus asuntos dentro de casa, cuando se ven en peligro no exponen la vida por la libertad, sino que van a pedir protección al representante de los Estados Unidos, cuyo Gobierno sonríe compasivamente como diciendo al mundo: «Lo ven ustedes? Estos pueblos necesitan mi intervención para vivir en paz».

Y los obcecados ciudadanos que solicitan esa fatal protección, coadyuvando neciamente a la realización de las ambiciones norteamericanas, echan en olvido la fábula del caballo, que deseando vengarse de un toro, pidió auxilio al hombre. Este montó sobre el potro y dió muerte al toro: pero luego no quiso bajar de los lomos del bruto y lo conservó bajo su dominio en pago del servicio. Si estos pueblos estuviesen educados cívicamente, darían un puntapié a los ambiciosos intrigantes y sabrían labrarse por sí solos la felicidad».

—Precisamente—exclamó Mr. Adams, interrumpiendo a su interlocutor.—Mi patria no tiene más miras que las de educar a estas repúblicas en las prácticas de la democracia a fin de ponerlas en

aptitud de gobernarse por sí mismas, dentro de la esfera de la moralidad y la ley.

—Y para lograr tan nobles fines—repuso irónicamente el ingeniero—los Estados Unidos fomentan nuestras discordias intestinas, quitan y ponen gobernantes a su antojo, y cuando estas repúblicas liliputienses protestan contra la imposición, las invaden a mano armada y ametrallan sin compasión a sus habitantes. ¡Valiente educación cívica!

Iba a replicar furioso Mr. Adams, cuando hacia la proa del nautilo apareció en el cielo un punto negro que en breve se transformó en una nave pisciforme en cuyo costado se veía como un torbellino de hélices diminutas, cuyo rumor no fué perceptible sino cuando el aparato aterrizó sobre la proa del *Cañas*, saludado por los clarines de los dos submarinos.

Fué tan rápido el arribo del avión, que Mr. Adams no tuvo tiempo de observarlo con sus gemelos. Poco después desapareció la mampara que dividía en dos la cubierta del submarino, y ante Roberto y sus prisioneros se presentó un hombrecillo, japonés por sus facciones, con el traje de aviador y las gafas sobre la frente.

—¡Valiente Oyama!—exclamó Roberto, estrechándole cordialmente la diestra. ¿Y bien?

El japonés saludó militarmente y respondió en inglés con los ojillos brillantes de satisfacción y de malicia.

—General, todo salió perfectamente. Bastó medio quintal de japonita para volar la esclusa y a estas horas ocho cascos enormes interceptan el paso del canal.

—¿Y no te descubrieron?

—Claro está. Apenas me acerqué a la esclusa volaron por encima no menos de veinte aviones; sólo que temerosos de dañar las obras, no me obsesquiaron con sus obuses. Pude destruirlos a todos, pues llevaba suficiente provisión de cohetes; pero pensé que los pobres muchachos que tripulaban los aeroplanos tenían madre, que, como la mía, esperaba ansiosa el regreso del hijo; así pues resolví no utilizar los proyectiles sino en caso de necesidad extrema.»

Mr. Adams y Fanny miraron al japonés con una expresión de infinita simpatía; y le habrían tendido las manos con la cordialidad característica del norteamericano, si en su calidad de prisioneros no hubiesen considerado aquel espontáneo movimiento como muestra de servil sumisión.

—Hizo usted bien—repuso gravemente Roberto— y en nombre de la humanidad le doy mis cordiales felicitaciones.

—No corrí peligro alguno, continuó Oyama, pues la velocidad del *Anita* le hace invulnerable; temo, sin embargo, que me hayan perseguido y que antes de diez minutos tendremos que sumergirnos.

--¡Sumergirnos! ¿Y para qué?—repuso con cierta aspereza Mora—¿Olvidas, Oyama, que podemos permanecer tranquilos en la superficie del mar sin ser descubiertos por los aviones? Es tan fresca aquí la brisa, que no tengo la menor intención de sumergirme a cincuenta metros de profundidad para respirar aire artificial.

Sacó del bolsillo un objeto prismático, semejante a un estereoscopio, y dirigiéndolo al cielo, gritó de pronto:

—¡Ya vienen! ¡Uno, dos...ocho! Mr. Adams, yo podría, usando del derecho de legítima defensa, destruir esos ocho aeroplanos. En lugar de hacerlo, vamos a presenciar sus inútiles tentativas para localizarnos.

Se levantó de su asiento y dió vuelta a una perilla que resaltaba en uno de los postes de aluminio que sostenían la toldilla. Al punto desaparecieron, como en las comedias de magia, la mampara, el aeroplano que había aterrizado en la proa y la cubierta de lona con las cuatro poltronas de junco, mientras una especie de velo sutil y verdoso, tendiéndose lentamente de popa a proa, envolvía al submarino.

—Desde arriba, dijo Roberto sonriendo, no verán más que un oleaje, perfectamente simulado. En cambio, nosotros podremos seguir todos sus movimientos y aún deshacernos de nuestros atacantes si fuere preciso.

Entonces los prisioneros se fijaron en que sobre el puente del nautilo había dos tubos largos y delgados, idénticos a los que vieron en el canal subterráneo de la isla del Coco, apuntados hacia el cielo.

Mientras Fanny y su padre cambiaban una triste mirada, el general seguía los movimientos de los ocho aviones norteamericanos con gesto despreciativo, y bajando su extraño anteojo, dijo:

—Ya se van. Perdieron la esperanza de encontrarnos y regresan a su casa.

Los ocho puntos negros, en efecto, volaban hacia el sudeste, reduciéndose en sus proporciones, hasta que desaparecieron del todo.

Mora oprimió con el pie un botón cuadrado que sobresalía en el piso de la popa, y de nuevo aparecieron como por encanto las poltronas y la toldilla, en tanto que el velo verdoso se recogía lentamente hacia la proa, permitiendo a los pasajeros admirar el grandioso espectáculo del océano y del zafirino cielo que se besaban en el horizonte.

Tocó Roberto un botón eléctrico embutido en el segundo poste de aluminio de la toldilla, y por el escotillón que se abrió a sus pies apareció el telegrafista filipino.

—Jiso, transmite al Emperador este despacho, añadió escribiendo en su libreta lo que dictó en voz alta:

—«Tokio—Japón. Canal obstruido.—R. M.»

Jiso corrió a la puerta central de la cubierta y en el piso buscó algo durante varios segundos. Súbitamente se elevó un esbelto mástil que sin duda yacía a lo largo del puente, y a su pie surgió un minúsculo aparato en el cual el filipino se puso a trabajar activamente. Cuando terminó, volvióse Roberto a sus compañeros:

—Hemos terminado nuestra misión.

Vamos ahora a emprender un largo viaje, que procuraré hacer lo menos desagradable posible para

ustedes. En mi ánimo no hay odios ni venganzas; lucho únicamente por la justicia.»

A una indicación suya descendieron todos por la escotilla, en tanto que él permanecía sobre cubierta, en donde tocó diversos botones eléctricos.

Pocos segundos más tarde el nautilo se hundió bajo las olas y emprendió hacia el Norte una marcha vertiginosa, que sus habitantes eran incapaces de apreciar.

Navegaron así unas tres horas y después el barco moderó su velocidad.

El Secretario y la bella señorita se habían recostado en los lechos de su camarote, silenciosos y preocupados.

Un discreto golpecito a su puerta les hizo levantarse y se encontraron en presencia de Roberto.

—De aquí en adelante navegaremos a flor de agua hasta llegar a nuestro destino, porque no hay peligro alguno. Pueden ustedes subir sobre cubierta cuando lo tengan a bien y pedir por teléfono todo lo que les haga falta.» E inclinándose ceremoniosamente desapareció sin aguardar respuesta.

Los prisioneros salieron al salón y después de tomar un refrigerio en el comedor, subieron sobre cubierta por la escotilla de estribor.

Con un andar medio de doscientos kilómetros por hora, el CAÑAS, rumbo al norte, se deslizaba como una saeta, seguido por el MORA a media milla de distancia. Ambos submarinos ostentaban en la popa la bandera roja y en la proa la poderosa

antena inalámbrica. Hacia el oriente, a más de cien millas, una raya irregular y negruzca señalaba la costa del istmo. El Secretario Adams pudo distinguir con sus gemelos sucesivamente, gracias a sus viajes y a sus profundos estudios geográficos, la bahía de San Juan del Sur, la ensenada de Corinto, el golfo de Fonseca y los puertos salvadoreños de La Libertad y Acajutla.

Ni un aeroplano manchaba el cielo, ni una columna de humo ennegrecía la esmeraldina llanura del océano.

Navegando a tan corta distancia de tierra, era inexplicable para el Ministro de Marina que hasta entonces no hubiesen topado con algún barco de las cuatro líneas que a la sazón hacían el servicio entre los Estados Unidos y su productiva colonia de Centro América; y más aún, que no se hubiese presentado ningún buque de guerra de los doscientos que por orden suya debían vigilar día y noche la costa del Pacífico.

Después de registrar con su anteojo todo el horizonte, exclamó Mr. Adams, mirando sorprendido a Fanny:

—¿No ha quedado, pues ningún buque en estos mares?

—Están todos, sin distinción de nacionalidades, reconcentrados en los puertos, le respondió el costarricense.

—¿Quién puede haber dado esa orden?

—Usted mismo.



— ¡Yo!

Mejor dicho, fui yo quien dió la orden en nombre de usted. ¿No le ha llamado a usted la atención que los ocho cruceros que hundimos no esperaran la llegada del *Nicaragua* para atravesar el canal? Pues fué porque recibieron un despacho en clave por el cual el señor Secretario les ordenaba pasar sin demora al Atlántico y esperar sus órdenes en Puerto Limón.

Mr. Adams se puso lívido. Avanzó amenazante hacia Roberto, mordiéndose los labios y apretando los puños.

— ¡Eso es una infamia, señor! ¡Una acción indigna! Usar así mi nombre para consumir la ruina de nuestra escuadra, de *mi* escuadra, pues soy yo quien la he convertido en la más potente del mundo.

Roberto sonrió maliciosamente; pero no dijo lo que pensaba de ese poderío por no exasperar más al Secretario.

— Mr. Adams, perdone usted el abuso de confianza, igual al que cometió su futuro yerno cuando trató de utilizar el telégrafo de la isla; pero no había otro medio para obstruir el canal y para navegar nosotros en la superficie disfrutando de aire puro y panoramas espléndidos.

Tan furioso estaba el americano que sin responder volvió la espalda y bajó a su camarote, seguido de su hija, y en el resto del día no volvió a la cubierta del submarino sobre la cual permaneció el ingeniero dos horas, manipulando activamente en el aparato inalámbrico.

## VIII

### LA CAIDA DEL AGUILA

Era la mañana del primero de Mayo de 1925.

A treinta leguas de tierra dos objetos fusiformes, grises y sin ningún relieve, se balanceaban mecidos por las olas como dos ballenas dormidas. El sol naciente convertía la superficie del mar en un juego de mudables luces, en las que alternaban chispas doradas, tonos bronceados, hilos de plata y una gama inagotable de matices amarillos, purpurinos y verdes. El aire parecía saturado de los olores de la primavera: el océano se adormilaba arrullado por la perfumada brisa y acariciado por la aurora, trocando su implacable furia en un leve gruñido y uno que otro latigazo a los costados de los barcos para recordarles que estaban a merced suya en cualquier momento y que la industria humana no había logrado vencer todavía al eterno Prometeo.

Ambos nautilos estaban protegidos por la malla verdosa que los volvía invisibles. La precaución no era inútil, pues dos o tres veces aparecieron en el

limpido firmamento varios puntos negros, revoloteando como las moscas y se alejaron hacia el Este.

A eso de las ocho, después que el velo protector se descorrió lentamente, brotaron de improviso de la cubierta de los dos submarinos la barandilla de aluminio, la toldilla de popa y el mástil del inalámbrico, Al cabo de un rato apareció sobre el CAÑAS el rubio comandante, quien por espacio de algunos minutos inspeccionó el cielo con la extraña caja que le servía de antejo. Acercóse luego al telégrafo, que en aquel momento recibía un despacho, y a medida que lo traducía brillaba en su rostro la más profunda satisfacción. Sentóse en un sillón, tocó un timbre, y al criado que se presentó por la escotilla, le dijo:

—Diga Ud. a Mr. Adams, a su hija y al Dr. Valle tengan la bondad de subir inmediatamente.

Sirvanos aquí el desayuno.

Aplicó enseguida la boca a un tubo de caucho adherido a uno de los pies de la mesa y preguntó:

—¿Está allí el segundo?

—Presente, mi comandante.

—¿Está lista la tripulación?

—Enteramente.

—Bueno. Ordene usted al mayordomo que dé a cada uno de nuestros valientes muchachos media botella de champaña, antes que suban sobre cubierta y a los músicos que preparen sus pulmones, porque nuestro himno ha de oirse hasta en los últimos rincones del mundo.

Con la mayor tranquilidad encendió un cigarro y se recostó en la poltrona, fijando los ojos en la puerta de la escotilla.

No había trascurrido un cuarto de hora, cuando asomaron por ella Fanny, su padre y detrás el joven hondureño.

El secretario, con el entrecejo fruncido, apenas contestó al saludo del costarricense. Fanny estaba pálida y ansiosa, y el doctor Valle, con el rostro inundado de júbilo, sacudió vigorosamente la mano de su camarada.

—¿Ya?—le preguntó entusiasmado.

—Dentro de media hora—replicó Roberto.—E inclinándose ante sus dos cautivos, dijo:

—Espero que ustedes se dignarán tomar el desayuno con nosotros. Así tendrán el placer de saludar antes de mucho a su compatriota Jack.

Fanny abrió los ojos desmesuradamente, a la vez que la estupefacción reemplazaba en el rostro de su padre el gesto hosco y desdeñoso que había mostrado hasta entonces.

—¿No sospecha usted donde estamos, Mr. Adams?—prosiguió Roberto con su eterna sonrisa burlona.

El Secretario de Marina se encogió de hombros, como aquel a quien se dirige una absurda pregunta.

—Enfrente de San Francisco de California,—continuó el ingeniero, poniéndose serio.

- ¡Imposible!

- ¡Otra vez esa palabra, Mr. Adams! ¿Todavía no se convence usted de que no hay nada imposi-

ble para la voluntad humana cuando persigue una causa noble?

Presentóse el sirviente con el desayuno y los cuatro se sentaron a la mesa. Roberto y el doctor comieron con apetito; pero los dos norteamericanos apenas apuraron una taza de té, embargados por indecible preocupación.

Cuando el comandante apartó su plato y encendió un aromático habano, dijo friamente:

—Antes de media hora tendremos a la vista la escuadra japonesa. El imperio del Sol Naciente ha declarado la guerra a la poderosa República del Norte. Esta tarde un millón de nipones ocuparán el estado de California y antes de tres días quedará disuelta la formidable Unión que se había convertido en una amenaza para la libertad del mundo.

El Secretario acogió estas frases con una cargada sarcástica.

—Si la guerra fué declarada ayer, a estas horas estarán concentrados en San Francisco trescientos barcos de guerra, dos millones de soldados y mil quinientos aviones del tipo más moderno. Hace años que esperábamos la agresión de los amarillos y estábamos preparados para recibirlos dignamente.

¡Ah, Mr. Adams, Mr. Adams!—replicó Roberto, meneando tristemente la cabeza: aún es tiempo de evitar espantosas desgracias. Utilice usted nuestro inalámbrico y diga a sus compatriotas que no opongan resistencia, porque es inútil. ¿A qué el estéril sacrificio de miles, talvez de millones de vi-

das? Se lo ruego en nombre de la humanidad, horrorizado de pensar en la inmensa hecatombe que nos veremos obligados a hacer "sin objeto alguno."

Era tan vehemente el tono del joven, que no dejó de impresionar profundamente al Secretario y a Fanny.

—Ya usted ha visto lo bastante, Mr. Adams,— siguió diciendo Roberto—para cerciorarse de que disponemos de recursos hasta ahora nunca vistos para aniquilar escuadras y ejércitos. ¿Por qué no evitar más desgracias? ¿No luchamos nosotros por la emancipación de los pueblos? ¿Hemos de destruirlos para hacerlos libres? Yo se lo ruego, Mr. Adams: para mí es tan dolorosa como para usted la muerte de tantos inocentes.»

El Secretario se quedó meditabundo y visiblemente conmovido, mientras que Fanny, con los ojos preñados de lágrimas, contemplaba con admiración a aquel hombre extraordinario, armonioso conjunto de superior inteligencia, de inquebrantable voluntad y de generosos sentimientos.

Después de una larga pausa, Mr. Adams replicó:

—Yo no puedo hacer lo que usted solicita. En primer lugar mi mensaje no sería creído, porque verían claramente que estoy prisionero y que obro bajo la presión de mis carceleros; en segundo lugar, porque sería considerado como un cobarde o un traidor, y por lo mismo mi advertencia sería inútil; y finalmente, señor Comandante, porque en mi país somos algo escépticos y no nos convencemos sino

cuando tenemos la irrefutable prueba de los hechos.

—Está bien—replicó con acento solemne Roberto, poniéndose de pies. He hecho todo lo posible para evitar un inútil derramamiento de sangre. Sobre usted, Mr. Adams, pese la responsabilidad de lo que va a suceder en breve.»

Dió algunos paseos por la cubierta, llevando en la diestra su curioso antejo, e inopinadamente lanzó un grito:

—¡Ahí está!

Todos se levantaron y volviendo la vista en la dirección indicada por el ingeniero, vieron a una legua de distancia hacia el oeste un punto rojo que avanzaba como una flecha.

—¡Es el *Blanco*, al mando del capitán Amaru!— exclamó Roberto.

Navega a media velocidad para inspeccionar el campo. ¡Ah! Ya nos divisó!»

Una columna de humo bronceado, ocupó de pronto el lugar del rojo pabellón, y Roberto, apretando con el pie un tornillo exagonal que estaba en el extremo de la popa, produjo una humareda semejante, que se desvaneció en pocos segundos.

Pasados tres minutos, el submarino *Blanco* se detuvo a unos cincuenta metros de sus hermanos gemelos, y una minúscula gasolina se desprendió de su costado de estribor. Cuando atracó al *Cañas*, saltó sobre cubierta el capitán Amaru, y cuadrándose delante dijo respetuosamente:

—General, la esquadra me sigue a corta distan-

cia y dentro de un cuarto de hora estará a la vista. Todo va bien.

Recibimos vuestros despachos y os felicitamos por el buen éxito en Panamá.»

—Un abrazo, Amaru. ¿Y el teniente Cornfield?

Una nube de tristeza invadió el semblante del nipón, quien por un momento pareció vacilar, mirando a Fanny, que había palidecido extraordinariamente.

—Capitán—dijo con voz firme el Secretario de Marina:—mi hija y yo tenemos ánimo bastante para soportar nuestros infortunios presentes y los que nos esperan en lo porvenir. ¿Qué ha sido de Jack?

—A bordo fué tratado con toda clase de consideraciones, como puede atestiguarlo la tripulación entera. Pareció poseído de rabia cuando presencié la salida de nuestra escuadra y las maniobras de los aviones; y hace tres horas apenas, cuando sobre la cubierta de mi barco contemplaba asombrado su prodigiosa rapidez, se levantó de repente de su silla y acercándose a la borda se arrojó de cabeza al mar. Es tal la velocidad del nautilo que cuando se detuvo estábamos a más de un kilómetro de distancia. Regresó al punto al lugar del siniestro, pero nuestras pesquisas fueron vanas.»

Fanny lanzó un grito desgarrador y se abrazó sollozando a su padre, el cual acarició su cabecita, tratando de consolarla.

Roberto, entristecido, se dirigió al Secretario.

—Mr. Adams, todavía es tiempo de evitar nuevas



desgracias. ¿Quiere usted telegrafiar a su Gobierno? El inalámbrico está a su disposición.»

El Ministro de Marina, ocupado en consolar a su hija, no contestó palabra.

Roberto dirigió entonces sus pasos a la borda, y examinando el Oeste con su caja semejante a un estereoscopio, prorrumpió de improviso en exclamaciones de júbilo.

--¡La escuadra! gritó el doctor Valle.

Abrióse entonces una ancha escotilla en la proa del *Cañas*, y cien marinos, con uniforme de gala y la banda a la cabeza se alinearon sobre la cubierta del submarino.

Por el lado de Occidente apareció un soberbio espectáculo: en un frente de más de tres leguas avanzaban dos mil barcos en tres filas, en correcta formación como un regimiento de infantería; encima de ellos, a mil metros de altura, volaban en una sola fila mil puntos negros. Hay en El Salvador unos gavilanes que al terminar la estación lluviosa emigran hacia la costa. Por espacio de varios días se les ve volar a considerable altura, lenta y majestuosamente, como un disciplinado ejército. Observando aquellos mil aeroplanos se recordaba a los *azacuanes* salvadoreños por la serenidad de su vuelo y la regularidad de sus filas.

La misma Fanny, dando treguas a su dolor, no pudo menos de volver los ojos hacia el maravilloso cuadro; su padre parecía alhelado y el joven hondureño, agitando su quepis, saludaba frenéticamente.

—¡Por Dios, Mr. Adams, todavía es tiempo! gritó Roberto.

El aludido, sin contestar, continuó mirando las dos escuadras aérea y marítima, cual si desconfiara de su fuerza y esperase que las de su patria dieran buena cuenta de ambas.

Bruscamente aparecieron del lado de la costa centenares de puntos negros a diversas alturas, describiendo caprichosas espirales. Casi un tiempo se iluminaron todos con un resplandor azulado y se oyó un estruendo sordo y continuo como el de una artillería lejana.

Los aviones americanos atacaban. Mr. Adams, que observaba emocionado la escuadra aérea del Japón, esperando ver caer algunas unidades bajo el fuego de sus paisanos, fué testigo entonces de algo que le hizo enmudecer de pasmo.

Los mil aeroplanos nipones, en una sola fila, se habían detenido, permanecían inmóviles como los colibríes al chupar las flores. Ni uno solo fué derribado. Parecían peces sin alas, sostenidos por hélices invisibles.

De pronto se desprendió de cada uno de ellos un objeto semejante a un cohete enorme. Aquellos mil dardos dirigidos contra los aviones norteamericanos los persiguieron tenazmente como los sabuesos a las tímidas liebres.

En vano los aeroplanos yanquis se elevaban, descendían o giraban locos de terror: tras ellos iban los cohetes siguiendo el vacío que dejaban las naves